

LA URNA DEL OFENDIDO (homenaje a Roque Dalton)

— René Martínez Pineda —
Sociólogo, UES

Cuando sepan que he muerto sin la desnudez apropiada, no pronuncien mi nombre, ni el de Lenin y su libro rojo, ni el del Marx del 18 brumario, ni señalen con el dedo la Constelación del profético unicornio azul; no pronuncien mi nombre porque —como a los locos de las tabernas y las zonas rojas— no me queda bien ningún nombre, no tengo uno que me distinga de las demás cosas que rodean mi existencia inexistente: pobreza, soledad, sumisión, abeja, piel, miel, claustro, ambidiestro, pies, sándalo, almendra, lágrima, rojo, claustro, tirano, tormenta, unicornio, libélula, vino, traidor, hijo de la gran puta, suicidio, luciérnaga, madrugada. Quizá por eso la conciencia del ridículo me molesta más que la conciencia del pecado escatológico de dejarme robar por los mismos ladrones de siempre: el pan y el nombre; la libertad y el apellido; la dignidad y el rostro; el futuro y las manos; la biografía y el álbum familiar... y por eso, también, soy poseedor de una garra cuscatleca sospechosa e inocua.

No tengo un nombre y un primer apellido para colgármelos en el pecho con rancio orgullo, sólo tengo como identificación inapelable la mustia sangre de mis más nuevos tedios y mis más viejas súplicas y, acaso, hasta ellas resultan ser, a fin de cuentas, apócrifas, como la pretérita militancia en las alturas del cerro de Guazapa, ayer inexpugnable; o como el estudio de la teoría crítica en los atajos de los atrios de la igualdad traicionada por treinta monedas rojas y por pobrecitos poetas que confunden enamorarse con coger... pero no hay nadie a quien golpear ni a quien coger en la estrecha ferocidad de su ofensa.

Cuando sepan que he muerto; o cuando la Tierra dé otra vuelta alrededor del Sol sin mí... no pronuncien mi nombre, no lo pronuncien, porque me causaría una escarpada aflicción que mis hijos sepan que lloro por las noches para fingir que vivo leyendo a Quino como presidente de Macondo; que mis hijos descubran que, como lo predijo Neruda, mi nombre

se hizo número (que pase el número 1833-32-44-89-92-69-69); y que mi apellido se convirtió en fatuas y drásticas inconcreciones, y en breves y estériles erecciones que son prolijas en su etimología sin párpados ni sábanas: sospechoso, loco, bolo, pisón, rata, esquintero, comelotodo, subsidiado, ciudadano, arrimado, pueblo, damnificado, indignado, ofendido. Sí, yo soy el damnificado anónimo (ante Dios, el mundo, y los 8495 sismos registrados este año) que, escondiendo el gesto todo el día, ha recibido con vocinglera e incomprensible alegría un pírrico horno de lámina como vivienda provisional que es para siempre, más leve que un grito y más barata que un inútil tratamiento reductivo, en la cual sobrevivo mi vida arrimada y mendiga y sin nombre pronunciable a más de 40° centígrados, cuando está lejano y está de buenas el sol.

Cuando me vean desnudo y con la sombra erecta en la ribera de la risa, no pronuncien mi nombre, es muy antiestético. Sshhh, aquí, entre nos, mi nombre es Presunto y mi apellido Implicado, y en muchas ocasiones me dedican páginas enteras en los tísicos periódicos amarillos sólo porque encontré a otro más pendejo que yo, y le vendí una visa americana más falsa que un cura materialista, y hacer eso —¡¡buenas noches señoras y señores que nos visitan en el Circo de Cañonazo... pasen, pasen, no se lo pueden perder!!- tiene un nombre: estafa. Irónico, pues en este mi país -que aún no ha sido peinado, ni talqueado, ni perfumado- nunca se ha procesado por estafa

o malversación de fondos -con veredicto final condenatorio y largo- a ninguno de los políticos (todos, sin distinción de la mano con que escriben) que prometieron, haciendo la cruz con los dedos de la mano derecha, acabar con la pobreza y con los malos resultados de la selección nacional de fútbol... y esas son las más grandes e ignominiosas estafas de la historia bicentenaria, lo que nos convierte a todos en pendejos que de tanto olvidar nos asfixiamos en las primeras páginas de Hamlet.

Cuando me vean pasear con mi madre, la María Pintura, no griten mi nombre, no lo reconoceré, no lo recordaré, no sabré que ese nombre me distingue como persona de carne y hueso y necesidad y debilidad. No griten mi nombre, soy anónimo, no existo, no tengo identidad, no estoy en las páginas amarillas ni en el centro nacional de registro de propiedades robadas; soy una ventana sin rostro porque no he tenido el valor de ponerle mi patronímico a mis pocas acciones y a mis muchísimas inacciones. Soy conocido socialmente como la víctima silenciosa, ese es mi verdadero nombre cuando habito en la vecindad de la historia, que no obstante serlo, y por el hecho de no declararme como ofendido, paso a ser el siempre sospechoso de todo; soy el tragalotodo que primero llora y luego sobrevive en el laberinto de la soledad del escrutinio final. Soy la víctima a la que le roban todos los días, a todas horas, en sus propias narices; lo último que me robaron fue un subsidio y un

sísmico y millonario donativo sin destinatarios asignados, o sea algo así como tres tiempos de comida diaria durante mil años, dos meses y siete días. Confieso que no sentí cuando, como quien levanta un velo o deposita el voto en una urna sin himen, me lo sacaron de la pírrica cartera en la que mis documentos rebotan solitarios.

Cuando me encuentren desnudo en mi habitación sorbiendo la tarde, agitando mi mano frenéticamente... no digan mi nombre, ¡no lo digan!, no tengo uno que sea memorable o repetible frente al espejo que resiste mis escupidas. Mi nombre es Desahuciado; Marginado es mi apodo; Humillado: mi oficio, y soy un enfermo crónico y asintomático de perfusión cultural, lo cual está acabando con mi exigua memoria llena de olvidos, con mis raíces, con mi cacao, con mis cuentos de barro, con mis ruinas, con mis caballos hermosos y ágiles como la luz de un beso clandestino disfrazado en la sangre. Desde que usurparon mi nombre y se robaron, una a una, mis palabras más sigilosas y fulminantes; y desde que vulneraron mi apellido con traiciones enrojeadas me volví incapaz de conjurar mi endeble futuro; incapaz de impedir que el infame augurio de mi vida anónima se vuelva -con la poderosa puntualidad del paisaje celeste de los días de febrero- historia secreta a gritos en las entrañas del dolor.

Confieso que soy una de las tantas víctimas del Nominacidio más descomunal

e impune de la historia, el que ha sido llevado a feliz término en nombre de un Dios extranjero y de un vendedor de agua de coco endulzada con palabritas de consuelo de un ángel.

Ese lapidario Nominacidio ha hecho de mi apellido un indocumentado maleficio en lugar de ser una huella digital de identidad prendida en el calor y humedad de la música de las revoluciones quijotescas. Desde entonces mi nombre me delata, ata y me mata, en lugar de honrarme; y, sin sentirlo, terminé siendo un ladrón que roba a ladrón en dos siglos sin perdón; un contrabandista de fascinantes ilusiones que burla retenes y se inventa camanances egipcios para alegrar su noche; un estafador de sueños sin partido político; un hambriento exigente y consuetudinario que, pobrecito, se alimenta de donaciones robadas; un sempiterno indocumentado con un código de barras impreso en el cuello o en la cadera o en el culo; una puta triste de los burdeles de todos los puertos y las capitales de la zona cuya Celestina se disfraza de bruja paladina, o de feliz diputada dependiente, o de cura tremendamente humano que se masturba en el confesionario de los oligarcas y los corruptos para reinventar la ceniza.

Cuando sepan que he muerto de espaldas a la noche -anónimo y nimio; pueril y confeso- porque no acepté la traición al pueblo como una rosa, ni como el beso mejillal del hijo malo... no pronuncien mi nombre, pues me refugié en

otros nombres que me encantan y definen tal cual soy... y entonces empecé a llamarme con patriótico orgullo: chepe loco, vasueleche, lengua de vaca, sangre de ostra, licuado de papa, chulada, uyuyuy, pupusa, compadracho, cincuechicle, librehueso, bolsepús, mieyda, chepechumpa, cara de aplauso, chuchavaga, cuerpuechucho, trece pelos, mico de oro, pacocrema, rabadilla, calzoneta de ostrero, matarañas, bacinica.

Cuando sepas que he muerto hastiado de cenar con cretinos maravillosamente vestidos que lloran a mares por no haber sido incluidos en la nueva antología de jóvenes escritores y analistas del alpiste, no pronuncies mi nombre, soy un desnombrado, una botella a la deriva sin su mar, un psicópata espectro del melodrama, una bala sin fusil, un fantasma de la ópera sin máscara, un muerto sin tumba ni novenario, un pseudónimo sin misterio desde el preciso instante en que me hice clandestino y opté por suicidarme con la sogá de la utopía que sueña con gestos de júbilo. Cuando sepas que he muerto, mejor recuerda mi regodeo matinal desde que, en la urna electoral, hice mío el turno del ofendido porque sólo tengo dos mejillas; recuerda mi rojo blasón sin derecho a ser arreado por el conformismo que me inunda a mitad de la hora de estudio con algo de tedio sin remedio; recuerda la concreta verdad que (tutelada por la monja insurrecta que me adoptó –sólo porque sí; sólo porque soy un hombre malo que no deja de ser bueno-) repartí desde el fuego

martirial del Romero que, sin guardaespaldas mundanos, le ordenó a la jauría cesar la represión; recuerda el puño que hice unánime con el clamor de piedra que, sabio, develó la certeza de saber que pensar a solas duele, casi tanto como que nunca sepa nadie de dónde putas soy.

Cuando sepan que he muerto fijando detalles en el venéreo embrujo de los bares y lupanares de todos los puertos y alcaldías de la zona que deben la cuenta de la luz... no pronuncien mi nombre, porque no lo recuerdo ni me suena familiar desde que, quedándome solo en el anonimato que escogí, me secuestraron: el alma y las alas; el arco iris y el capirucho infalible; la pelota goleadora y la chibola pulsuda; el fusil cítrico y la voz crítica; la luciérnaga furtiva y la lucidez con compromiso social... hasta que mi vida quedó a merced del fantasma que aplasta flores para frenar la resurrección de la tierra y la insurrección de los sin tierra que ríen por los ojos de sus hijos. Tengo un *No-Nombre* y una poderosa ausencia que, como río que se quiebra en el paisaje y el pan celeste de las cinco de la mañana, hace que el hoy sea ayer; el mañana, hoy; el tiempo infinitesimal... como mi utopía hecha minúsculos añicos por el oxidado reloj marcador que, a solas y callado, fornicó al sádico burócrata que, de hinojos, sueña con haciendas ajenas, y con ranchos de lujo que lloran por las noches, y con el vestido de la Middleton... y con mujeres malas que son bien buenas porque les duele ver que la madrugada fusila pájaros.

Cuando sepan que he muerto -vomitando el discurso sobre la tísica bondad del capital y sus patéticas salas de lo constitucional- no pronuncien mi nombre, no piensen sus once sílabas, no tengo uno que sea conocido y respetado socialmente porque no soy sujeto de crédito clase “AAA+”, por eso no tengo derecho a los bajos intereses que brinda –encarnando al Scrooge que ya fue visitado por los tres espíritus de la navidad- la globalización. Mi nombre real es Cliente, y Asiduo, mi apellido; mi correo: consumista@loquepuede.com; mi alias: “enhuevado”. Para más señas: soy aquel pobre infeliz que, por no tener nombre, le registran hasta el culo en los cateos barriales, o lo electrocutan al salir del supermercado impronunciable o del almacén de inmigrantes que no pagan sus impuestos, por lo que sospecho que mi apellido paterno es Ladrón con Membresía, e intuía que no vivo en la sociedad salvadoreña, sino en la sociedad anónima que llena de humedad y frío hasta la poesía para convertirme en el triste más triste del mundo.

Cuando me vean pasar cerca de los rebeldes sociales ahogados en jarras de cerveza; enredados en chequeras; con la boca llagada por la falta de hábito de comer caviar como fritada; haciéndose exámenes tacto-rectales con sus rivales de mentiras con la venia de la corte suprema de injusticia... no pronuncien mi nombre. Mi nombre lo perdí en la titilante ignorancia que deja huir corbatas con rumbo desconocido; esa tiniebla

monitoreada que, cual perenne negación del gran futuro, se le impone a los hijos; mi nombre lo cambié por los nombres de las telenovelas; por los nombres de los futbolistas (del Barcelona, claro está, al menos en eso estoy bien) y de los artistas de cine; por los nombres unísonos de los dictadores tropicales que me hicieron llorar por un himno nacional que no fue escrito para mí. Mi apellido lo llevo guindado, cual paradójico galardón nacionalista, en mi camisa, mis zapatos, mi celular, mi calzoncillo, mis huevos, ya que soy un ser globalizado en las marcas y soy, también, un conocedor ignoto del promedio Dow Jones que, desde que renunció a ser el héroe de sus hijos, le ha perdido el gusto a los tibios pezones de ciruela de la muchacha matutina que se hace cada día más esposa.

Cuando la Tierra, husmeando mi pecho, le haya dado otra vuelta al sol sin mí -como buscando el lugar donde están ocultos mis huesos de volcánica y lírica denuncia- y por fin comprendan que ha terminado la hora de la ceniza para mi corazón, no pronuncien mi nombre, no tengo uno que sea realmente mío; ni siquiera sé de dónde viene mi sangre más sangrienta y remota, y no creo que mi piel, mi voz de espanto, el duro grito de mi garganta, vengan de esa estatua de mármol cagada por las palomas y los perros callejeros que le hacen la venia al ministro neoliberal y al exalcalde bien peinado. No busquéis en mi tumba un árbol genealógico lógico: ni siquiera tuve uno donde orinar sin ser multado; no

busquéis el rancio escudo de mi apellido: ni siquiera tuve un techo confeso e ileso; no interroguéis mis fotografías: no supe quién fue mi padre; no preguntéis por mi mausoleo: ni siquiera tuve dónde putas caerme muerto; no te preocupéis por el destino de mi herencia: ni siquiera comía tres veces al día. No pronunciéis mi nombre, no lo pronunciéis, sólo soy porque no soy; mi identidad cultural es la no-identidad; sólo soy el cliente, el damnificado, la víctima, el votante indignado, el hermano lejano, el arrimado, el mendigo, el marihuanero, el sospechoso, el articulista, el loco tirapalabras, el tonto de la colina que hace llover metáforas para no sentirse solo ni sentir el hambre vocinglera. Sólo soy, como dijiste: un guanaco hijo de la gran puta; un hombre bicentenario que ha vivido doscientas veces el mismo año de corrupción e impunidad sin cabello roto, algo así como un matrimonio sin desfloración ni orgasmos como maremos.

Cuando me vean repitiendo sílabas extrañas como abeja, lágrima, pan, pies,

miel, tormenta, suicidio, luciérnaga, caverna, cárcel, es porque estoy a punto de descompartimentar mis once letras; a punto de confesar que mi zurda ilusión es un grito ancestral sin ancestros; un árbol recio que no cae, ni tiembla, ni huye, ni enmudece. Cuando sea la hora de decirles lo difícil que ha sido no morir sembrando maíz en las aceras de Metrocentro Norte, yo pronunciaré mi nombre, como si pensara en la luciérnaga destinada a mi anhelo sin aduanales molestias ni temor a la tentación carnal del cambio, cuyo aroma brota en las madrugadas de la siempreviva.

Cuando sepan que he muerto leyendo un libro hermoso que no entiendo, no pronuncien mi nombre, porque estaré entretenido con el recuerdo de la primera gatita a quien amé cuando niño; ocupado pensando en que hace frío sin ti en las maquilas. ¡Qué solitaria es la muerte sin tu vida, Roque! ¡Qué necesaria es tu drástica clarividencia ahora que hemos inaugurado en las urnas el turno del ofendido!